

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

La carta que nunca escribí

David Durán



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)
Rosario R. Fernández
rose@revistakatharsis.org

Justo S. Alarcón
justo.alarcon@yahoo.com
justo@asu.edu

LA CARTA QUE NUNCA ESCRIBÍ

Por

David Durán.

Hoy que te has ido y con lágrimas en los ojos te escribo querido amigo la carta que siempre quise escribirte y que nunca te escribí. ¿Recuerdas, Javier, que siempre fuimos los mejores amigos del mundo? ¿Recuerdas que la nuestra fue una amistad fuera de lo normal? Una amistad sin interés de parte de ninguno de los dos. ¿Recuerdas que siempre compartimos juntos todo lo bueno y todo lo malo de la vida? Nos conocimos siendo unos adolescentes. Siempre compartíamos sanamente junto a un grupo de amigos dentro de los cuales tú y yo siempre fuimos los más sensatos sin dejar de divertirnos como todos los demás.

Ah, esos bailes de nuestra juventud donde tú salías a bailar mientras yo me “sacrificaba” cuidando a las chicas que nos acompañaban recibiendo sus caricias y abrazos. Claro que yo era un pícaro, para qué abrazar a una sola muchacha bailando si muchas me abrazaban a mí. Recuerdas esas salidas que hacíamos a menudo del paraíso llamado La Mira, rumbo al paraíso de la Soledad?

Sí, nos íbamos en esa motocicleta vieja y destartalada, la cual hacía más ruido que una locomotora y parecía estar a punto de deshacerse en cualquier momento. Esta arcaica e inolvidable motocicleta que compré yo, pero era nuestra, porque tú y yo éramos tan unidos como hermanos. Con un amor fraternal a toda prueba, esa moto pasaba por decreto de amistad a pertenecer a los dos. Esa no era mi moto, era nuestra moto. Vieja, inservible, ruidosa y todo, pero era de los dos.

Recuerda que llegando a la Soledad corríamos a pescar. Si, siempre pescábamos (aunque sea un garrotillo) recuerdas, Javier, cuando inconscientemente pasábamos por ese estrecho y peligroso paso de mar, lleno de erizos con rumbo al morro colorado. Oh, Dios, eso sí era peligroso. Ahí pasábamos las mañanas pescando, y regresábamos antes de que subiera la marea para evitar que el mar nos arrastrase hacia dentro.

Has de recordar también, querido amigo, nuestras excursiones de cacería en las montañas de La Soledad. Qué malos cazadores fuimos. Nunca matamos nada que no fuera el tiempo. Siempre lo mismo. Siempre agazapados esperando una presa. Siempre regresamos con las manos vacías. Siempre con las voces de tu

familia indagándonos dónde estaba lo que habíamos cazado. Bueno, no cazábamos nada, pero traíamos bastantes animalitos que encontrábamos en las montañas. Esas llamadas güinas que corríamos a matar con el agua salada del mar. ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas, Javier, cómo tu familia me quería como si fuera un miembro más de la familia? Para ellos yo era uno más, y yo me sentía tan bien con ello.

Creo que también recuerdas el día que yo partí de tu lado prometiendo volver pronto, lo cual nunca sucedió. Si yo sólo venía a los Estados Unidos a juntar algo de dinero par ir juntos a ver el mundial del '86 a Guadalajara. ¿Te acuerdas, Javier? Vendimos la vieja moto, nos repartimos el dinero. ¿Te acuerdas? Nadie vino a despedirme, ni mis amigos, ni mi familia. Sólo tú, tú fuiste el único que vino a despedirme. A despedir a tu mejor amigo.

Pasaron los meses, los años y nunca cumplí mi promesa de volver. Me enteré que habías conocido a una buena y linda mujer con quien te habías casado. Una mujer tan buena como tú, una mujer que te daría una familia como la que tú te mereces. Me alegré tanto por ti. Claro que te lo merecías y, gracias a Dios, que se encontraron el uno con el otro. No podía ser de otra manera. Las buenas almas siempre se encuentran.

Yo seguía soñando en regresar. En que otra vez recorriésemos juntos aquellos lugares que solíamos en nuestra adolescencia. El tiempo seguía pasando. Sí, fui en alguna ocasión ¿lo recuerdas, Javier? ¿Me creerás que sólo fui a visitarte? ¿Me creerás que sólo fui a recordar viejos tiempos? Sí, para poder disfrutar de esos días de pesca y caza.

Me alegró mucho saber que tu esposa y tus hijos guardaban un afecto especial por mí. Aquel afecto que tú le habías inculcado, gracias a nuestra amistad. Para tus hijos, yo era su tío, qué orgulloso me sentí. Pero el tiempo siguió pasando...

Alguien me dio la noticia que estabas a punto de partir rumbo a un paraíso mejor. Pregunté, indagué, por fin te localicé. Por desgracia sólo pude cruzar dos palabras contigo. Me dijeron que estabas mejor, que ya no partirías y que estarías con nosotros por un buen tiempo más. Pero te fuiste. Me enteré tres días después de tu partida. No supe que te habías ido, sino unos días después. Es esta la tristeza que me desgarrá el alma y me hace llorar mientras esta carta te escribo, Javier.

No, no estuve ahí para despedirte. No estuve porque pensé que no te irías, no estuve porque lo supe muy tarde. Me siento como si traicionara nuestra amistad. Tu mejor amigo no estuvo ahí para decirte adiós. Por eso te escribo esta carta que nunca leerás. Es una carta que nunca escribí. Tú, espérame donde estés y

guárdanos un lugar a tus seres queridos y a mí. Yo, siempre recordaré a mi mejor amigo mientras viva. Si desde donde te encuentras ves que al escribir esta carta lloro tu partida, no te preocupes, amigo mío del alma. Haz de cuenta que es una carta que nunca escribí.

Edición digital Pdf para la Biblioteca Virtual Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008